

Después del almuerzo, sobreexcitada por el ejemplo de Alberic Second y no inquietandome la pérdida de Ormay, puesto que éste había perdido porque el crítico le pidió fuego, me fui á la ruleta.

Ensayé de apuntar á todos los números pares, mas la bola se obstinó en saltar á los impares; al cabo de una hora había perdido negligentemente cincuenta luises.

Volví bajo los árboles buscando con los ojos á los gananciosos.

Alberic Second, había tenido tiempo de perder lo ganado; mientras que Ormay había recobrado lo perdido.

Propusieron un gira á la montaña montados en asnos. Yo no estaba contenta.

De modo que el asno que me condujo fué más apaleado que de costumbre. Estoy segura que entre los caballos y los asnos de Baden y de Ems podrían decirse:

—«He ahí un caballero que debe haber ganado, no me pesa y me deja coger un poco de yerba.»

He aquí una dama que habrá perdido, el paisaje la disgusta, y me pega aunque vaya bien.»

Era la primera vez que perdía.

La primera vez es la que cuesta.

Es preciso acostumbrarse á todo, y se pierde con mucha frecuencia en la ruleta de la vida.

XV

Fantasio

Aquel día me salió un buen número.

Entre los paseantes venía un parisino al

que si queréis, llamaré Fantasio. No temió abusar de mi inocencia.

Aquello fué una verdadera pasión. En París no hay tiempo de amar, en provincias se ama muy mal, en el extranjero se ama perfectamente.

Todas las pasiones debieran ir en peregrinación á las aguas termales ó á las playas marítimas.

Allí es su única patria. Se han abandonado tras sí todas las preocupaciones. No queda más que una, la preocupación de amar.

La vida fuera de los acreedores, de los criados y de los importunos.

Se va y viene con absoluta libertad, extranjero es todo lo que se dice.

Todo lo que nos rodea y no se ocupa en los festines de la vida no es más que un sitio ignorado.

Aquel bienestar en los bosques, en los paseos, en la soledad, dura dos hermosas semanas.

Pero á Fantasio no le gustaba más que la dicha, que dura poco.

Una mañana quiso ir á beber á la fuente porque se sentía el pecho dolorido. Me aconsejó con el acento más cariñoso y tono acarameado que permaneciese acostada. Me dijo al mismo tiempo, que ofrecía yo un hermoso y embelesador espectáculo con el cabello esparcido sobre aquel lecho alemán en cuyos paños veíanse pintadas las hojas de parra.

A la mañana siguiente el mismo pretexto. No podía pensar que estuviere seriamen-

te enfermo del pecho, pero hallábame muy bien en mi cama y adormecía mis celos.

Al otro día no fueron ellos los que me despertaron.

Había salido sin despertarme; me vestí despacio y le esperé junto á los grandes árboles del paseo.

Ved el cuadro:

Fantasio seguía á una joven holandesa rubia como yo, alta como una espiga madura, pálida como una tarde de otoño, vestida como una caña.

Llegó junto á ella y la saludó inclinándose.

Ella le miró y sonrióse. ¿Qué se dijeron? Supongo que lo adivinaréis.

Quise lanzarme sobre ella, mas, ¿por qué no saborear lentamente todos mis furores?

Era una joven que había llegado á las aguas con su madre y tres hermanos. Una mujer romántica que se creía enferma del pecho y que viendo ya su tumba bajo aquellas secas hojas, deseaba llevarse al otro mundo algunos recuerdos del amor terreno.

Fantasio me habló de ella en el teatro y en el concierto. Según él, era la verdadera efigie de la pasión. Ella tenía por armas parlantes estas dos palabras: «Amar, morir.»

En realidad no vi más que sus cabellos espléndidos; nunca gavilla más abundante había coronado una belleza del Norte.

Cuando digo una belleza soy generosa; tenía únicamente un perfil de virgen; pero la boca era desdibujada, y por esta causa su sonrisa poco graciosa.

Dicen que las mujeres celosas son invisibles, tal es su arte de ascenderse y de eclipsarse. Así lo comprendí para Fantasio: volvió la cabeza registrando los árboles y no me vió detrás de uno. Además, no eran mis miradas las que él podía temer. Estaba muy convencido que yo seguía durmiendo.

Pero como la joven holandesa iba todas las mañanas antes de las ocho á tomar su vaso de agua con una de sus hermanas, linda perezosa que sufría lo indecible para ser tan madrugadora, la romántica rubia regresaba sola como buscando aventuras maravillosas y á su hermanita raras veces se la veía á su lado, pero al fin no dejaba de acompañarla desde cerca ó de lejos; por esta coincidencia, no ignorada por Fantasio, dirigía éste miradas de vaga inquietud en derredor suyo.

Observé desde luego que Fantasio habíase abierto rápido camino hasta el corazón de la holandesa.

Estas cosas se entienden aunque no hablen los interesados.

De pronto dieron media vuelta y volvieron sus pasos hacia el jardín inglés, un jardín solitario y á tal hora más que nunca. Corrí á emboscarme para no perder nada de la escena.

Hélos aquí, bajo la sombra de los tilos y de los sauces llorones; de veras os lo digo; una legítima novela del Blein.

Permanecí escondida entre ramaje como Diana esperando á un ciervo fugitivo; no quería perder ni una palabra de su boca ni un gesto de su rostro.

Transcribo aquí aquel encantador diálogo, matizado por el canto de los ruisñores.

El.—Qué hermosa, qué bella es usted y cuánto la deseo.

Ella.—Me dice usted esto en francés pero no se atrevería usted á repetírmelo en alemán.

El.—Usted sabe que ignoro el alemán.

Ella.—He aquí por qué quiere usted traducirme al francés.

El.—(Con pasión). ¿Es posible que estos hermosos cabellos sean besados por un holandés?

Ella.—Si usted ama de veras, no ignora usted que el holandés será sacrificado al francés!

Al llegar aquí recurrieron al lenguaje mudo. Se miraron amorosamente, por una atracción magnética sus cabezas se juntaron. El la besó sobre los cabellos, ella á él sobre sus hombros.

¡No sé por qué no me precipité hacia ella armada de mi rabia y de mis diez uñas! Los celos son pacientes. No había visto más que el principio de mi tormento. ¡Juzgad!

¡Fantasio desanudó la cabellera de la joven con sabia mano, esparció sobre su frente los áureos rizos, y sobre aquella cabeza depositó mudo y extasiado apasionadas caricias.

¿Para qué aquella fantasía? Me ha dicho él mucho tiempo después que no se enamoró más que de los cabellos de la holandesa y había querido ahogarse con ellos.

Aquella caricia fué una embriaguez de algunos segundos, pero fué una embriaguez

seductora. Cuando ella recogió sus cabellos y los anudó nuevamente, estaba blanca como los pétalos de un lirio. El mismo blanco de un pecado mortal. Y sin embargo aquello no fué todo; fué ella que volvió á tomar la palabra.

Ella.—Solo suplico á usted venga á Rotterdam para pedir mi mano á mi padre. No quiero casarme con ese banquero de Francfort, ¡quiero vivir en París! ¡quiero vivir con usted!

El.—No hablemos, encanto mío, de Rotterdam ni de banqueros. Hablemos de tus ojos tan hermosos! Tus cabellos me han embriagado deliciosamente, déjame vivir dentro de esta nube amorosa.

Ella.—Usted no es caballero. Le ruego no me bese más. Hay aquí mucha gente que me conoce. Esa señora que ha pasado por ahí habla algunas veces con mi madre.

El.—Leía un periódico y no nos ha visto.

Ella.—¿Cuándo nos volveremos á ver?

El.—Tengo una idea. Por la tarde cuando su madre y hermanos están en el concierto ó contemplando el juego, ¿no podría usted desaparecer un rato?

Ella.—Sí, ¿pero para ir adónde?

El.—Frente del Kursaal hay un hotel donde tengo un cuarto, el número 8.

Ella.—¿Y por qué tiene un cuarto en ese hotel?

El.—Para retirarme del ruido. Prefiero vivir escondido y solo. ¡Si usted viese qué hermosa vista disfruto desde mi ventana!

Ella.—¿Por la noche?

El.—Sobre todo por la noche. He descubierto una estrella, ¿no es verdad que vendrá usted á verla?

Ella.—¡No!

El.—Creía que era usted romántica.

Ella.—Sí, pero no soy loca.

El.—Entonces no me ama usted.

Ella.—¿Que no amo á usted?

Y la joven miró á Fantasio con los ojos llenos de lágrimas.

El se parecía á Mefistófeles. Sentía que el diablo le ayudaba.

Ella dijo mil veces que no. Por fin prometió ir... Después del primer vals del concierto jugaría un *federico* sobre el doble cero y en seguida iría á ver las estrellas con él.

Después se separaron. Ella se apresuró á ir á beber su vaso de agua; Fantasio encendió el cigarrillo satánico.

No pude respirar en diez minutos.

Había tenido necesidad de toda mi fuerza de voluntad para reprimirme; di algunos pasos y me hice la encontradiza con él.

—¿Qué madrugador! me dijo.

—Sí, creo que también sufro del pecho.

Y le cogí la mano para llevármela al corazón.

—Tienes el diablo en el corazón, dijo él, asustado de los latidos precipitados de aquella mecánica inexplicable.

Por la tarde, la linda holandesa, después del primer vals de Strauss, puso un *federico* sobre el doble cero.

Yo estaba allí, jugaba y ganaba. Fantasio creía que no veía y nada y no perdía un

gesto. Jamás miradas de amantes habían sido mejor fotografiadas.

Minutos después subieron ambos la escalera del Hotel para ir al número 8.

Les dieron una bujía pero la apagaron temerosos de encontrar algún rostro conocido.

¡Helos ya en el segundo piso! Entraron. Aquel cuarto era el paraíso. ¡Estar sólo con él! ¡Estar solo con ella! ¡Qué dulcísimas frases se dirían al resplandor de la luna, bajo el fulgor de las estrellas!

Como había hecho por la mañana, desató Fantasio aquellos hermosos cabellos para perder sus labios en ellos y para anegar en ellos sus ojos.

Y ella aquella vez, no tendría prisa por atar su cabellera. ¡Ella también se fundiría en él! Había oído repercutir uno de los cuartos de hora de embriaguez que recompensa los sufrimientos de toda una vida de arrepentimiento. Había visto el abismo y se arrojaba á él con amor, con pasión, con voluptuosidad.

Abrióse la puerta. Ella pasó la primera. La noche era obscurísima. El cerró la puerta, no atreviéndose á encender una bujía. ¿Cómo fué que la luz resplandeció?

Yo estaba allí y quería ver.

Pero no estaba sola en aquel golpe teatral; había ido á buscar al banquero de Francfort.

Lanzaron un grito y ella se desmayó.

La ofrecí mi frasco de sales; fué mi única venganza.

UNIVERSITY OF
MONTREAL LIBRARY

"ALFONSO"

Apr. 16 25 MONTREAL, MEXICO

¿No es verdad que tengo disposiciones para la comedia?

Al día siguiente hubo un escándalo enorme en Ems. Lo cual no impidió que el día antes ambos amantes robaran una hora de amor al novio de Francfort y á mí misma.

Una hora de amor, esto es todo y es nada.

XVI

El amor

Regresé á París y regresé dominada por la peor de las locuras: la locura del amor.

Amaba á ese Fantasio que adoraba á todas las mujeres.

¡Le amaba con toda mi alma!

Una mujer no degenera en cortesana sino en virtud de mil complicaciones accidentales.

En la antigüedad existió un Estado donde se estudiaba para serlo y cuyos grados de mayor ó menor cultura amorosa los otorgaba la escuela de los filósofos. Lo que más á menudo sucedía, esta es la verdad, era que la mujer enseñaba á los filósofos. Pero en la vida moderna no tiene la cortesana derecho de serlo, apenas si puede hacer otra cosa que deslizarse siguiendo su marcha.

Se la puede comparar á una viajera que, rota su carroza en el camino, tiene la absoluta precisión de detenerse en una posada, donde debe alegrarse, pese á su humor, compartiendo aquel afanoso tragin, aquella confusión, aquel ruido lleno de estrepitosa alegría, de canciones de borrachos y de las locuras de la orgía.

Pero cualquiera que sea el atractivo de esa vida de aventuras y de imprevisión, la viajera estará satisfecha si arreglada su carroza puede continuar el viaje por una senda bordada de árboles, y respirando el aire puro y los rayos del sol.

No recuerdo ninguna mujer galante que no eche de menos su vestido de lana y que no aspire á ser dueña de su casa; con una condición, sin embargo, y es la que ella guardará en su corazón el más querido de sus amores.

Tengo leído aquel cuento viejo, donde una mujer que quiso encender un gran fuego para echar en él todos sus recuerdos, apareciósele un ángel en sueño que le dijo: «Arroja tu corazón al fuego y cuando el fuego esté extinguido te habrás olvidado de todo.»

También yo quisiera echar mi corazón al fuego para olvidarlo todo, salvando, empero, un recuerdo que quiero conservar hasta la muerte; el recuerdo de Janlani, porque su amor hizo revivir mi corazón.

Alguien hallará oportuno reirse de aquel hermoso verso de Victor Hugo:

Son amour m'a refait une virginité

pero á nadie podrá parecerle ridículo porque palpita en él un sentimiento profundamente humano.

Todas las cortesanas que viven para el corazón y la inteligencia han sentido la verdad de este verso. Cada vez que una mujer como yo está dominada por la pasión se siente transfigurada, rechaza con horror toda lo que la marchita, hasta el recuerdo.